



Creative Writing

El Talismán Llanero

Laura Camila Salamanca Güechá

Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia

Nicolás Rojas-Arias

Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia

Universidade Federal de São Carlos -UFSCar, São Carlos/SP, Brasil

David Leonardo Murcia-Arias

Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia

Una historia basada en relatos llaneros y antepasados eternos.

Lo inusual nace llano adentro, en las hojas caídas del flor amarillo [1], en la brisa ardiente que sacude las palmeras y en la incertidumbre aterradora de cada ruido en los morichales [2]. En la llanura no existe el silencio. No hay árboles sin canto ni tormenta sin trueno, así que, si el día está tenuemente callado, ¡corra que pa'ayer es tarde cuñao'[3]! O, como decía mi viejo:

-Cuando el pendejo se alegra, su vaina [4] se va a llevar.

A mi viejo lo apodó de cariño mi mamá como “Mincho”, pero su nombre real era Jahir Milcíades Achagua; un llanero de pura cepa [5] acostumbrado a la ganadería y al cultivo de arroz. Mi papá vivió en la hacienda unos 45 años con mi vieja, Frankelina Carvajal, una mujer criolla y petisa, amante del cuidado hogareño, del tejido de chinchorros [6] y de su jardín de cayenas. Aquella hacienda siempre dio la impresión de ser el lugar más feliz del mundo, pero el infortunio siempre asoma desde la llanura...

Recuerdo aquel lunes de mayo, era apenas un pijito [7] que se la pasaba jugando entre los matorrales a hacerles camino a las hormigas, y mi vieja solía pegar un grito desde la cocina:

-¡Efraín, deja de caerle al barro que tus prendas no serán pa' siempre!-, decía.

[1] Especie de árbol con flores amarillas.

[2] Lugar poblado de palmas llamadas moriches.

[3] Expresión referida a una persona cercana, no necesariamente familiar.

[4] Cosa.

[5] Persona auténtica de una región.

[6] Hamacas de cabuyas.

[7] Niño.

No prestaba atención a sus regaños y como ella andaba ocupada alimentando a los piscos [8], no podía asegurarse de mi obediencia. Mientras tanto, veía a mi papá alistar su tesoro; un lazo viejo, grisáceo, trenzado por mi abuelo, el cual siempre llevaba consigo al momento de emprender su monótono viaje.

Realmente, no entendía el porqué de su añoranza con un lazo tan viejo, cualquiera lo botaría al verlo y lo repondría por uno nuevo. En su despedida, escondido tras el matorral, escuchaba atento aquello que mi papá siempre le resaltaba a mi hermano como si fuera un rezo:

- Jahir, la furia de la selva no determina ni edad ni altura, podrá estar tranquilo en sus viajes en tanto lleve un lazo como el mío. - él le daba una mera importancia a los consejos de mi viejo, pero mi incertidumbre crecía ante esa advertencia tan extraña.

Mi hermano siempre fue indiferente a lo que sucedía a su alrededor; nada le impresionaba, excepto la atención de una linda mujer. Ese pensamiento insolente le inundaba la cabeza todo el tiempo. Sin embargo, siendo un joven de cabello mocho [9], como trozado por una media peinilla, moreno hasta las canillas, montado en cotizas y un sombrero de paja de escobilla, no lograba levantar ni una mosca.



[8] Pavos.

[9] Corto.

Antes de salir de la hacienda, mi viejo realizaba el mismo procedimiento. Cogía su sombrero de la talanquera [10], amarraba su caballo al botalón [11], lo aperaba [12] por la cabeza y después por el lomo; luego, colocaba sobre él un tereque [13] cuarteado y apretaba su barriga con la cincha [14], dejando lo importante para el final: asegurar el lazo al tereque. Salía cada lunes a la madrugada con su sombrero pelo e' guama [15], el lazo de mi abuelo y un revólver encintado con tres balas, porque siempre andaba prevenido, ¡vaya uno a saber de qué!

Durante el camino en trocha, podría gastar entre tres o cuatro horas pa' llegar a la arrocera de don Macario; dependiendo del ritmo errado de su caballo. Trabajaba la semana completa; por tanto, sólo le veíamos los domingos, día en que siempre íbamos juntos a la misa del pueblo. Al llegar decía don Macario:

- *¿Qué ta' lito* [16], señor Milcíades?

-Bien, patrón, listo pa' la labor. -, decía.

Su labor en la arrocera era la misma cada día; cortar el arroz con la hoz [17], recolectarlo en un pilón [18], pelarlo y sacarle el tamo [19] para abonar la sementera [20], mientras que las garzas siempre estaban rondando, atentas a cualquier insecto que escapara de la cosecha y así saciar un poco su apetito voraz.

Entonces, en la madrugada de aquel domingo, mi papá regresó de su jornada con una expresión pálida y con el lazo arrastrando por el suelo, como si estuviese anemiado [21]. No tuve el coraje para preguntar qué le había ocurrido, así que decidí correr hacia el cuarto de mi vieja pa' avisarle sobre el estado de mi papá. De repente, mi mamá salió agitada a la puerta y preguntó:

-¿Qué es lo que pasa, Mincho? ¿Por qué llega de esta manera?

-¡Me trabajaron [22], mija, me trabajaron!-, cayendo desmayado sobre el suelo.

[10] Tipo de puerta hecha con cañas entretrejidas.

[11] Horqueta donde se amarran los animales ariscos.

[12] Ensillar un caballo.

[13] Tipo de silla para el caballo.

[14] Faja para asegurar la silla del caballo.

[15] Sombrero de lujo usado en el llano.

[16] ¿Qué tal? O ¿Cómo va todo?

[17] Herramienta para cortar.

[18] Recipiente concavo.

[19] Paja menuda que se desprende del arroz.

[20] Tierra sembrada.

[21] Débil o enfermo.

[22] Expresión referida a un embrujo.

En los siguientes dos días, mi papá no fue a trabajar debido a una fiebre altísima. Mi vieja y mi hermano pensaban que era una insolación [23], pero mi papá me miraba postrado desde su cama, pálido y nauseabundo, seguro de que algo más le ocurría. Así que, mi vieja le hizo todos los remedios posibles pa' bajarle la fiebre; puso a hervir altamisa [24] y machucó mata-ratón [25] pa' que mi papá se bañara con el zumo. Sin embargo, al tercer día mi viejo empezó a delirar; sumido en un sueño leve, decía palabras al azar y sin sentido. De repente, ese día gritó:

- ¡Fuego! ¡Fuego! -, dándole un infarto repentino.

Durante la ausencia de mi papá, mi mamá estuvo encargada del sustento de la hacienda por algún tiempo, siempre hubo suficiente comida para todos y de vez en cuando podíamos vender huevos y leche a finqueros de la zona. Sin embargo, la muerte de mi viejo amargó tanto su corazón que murió de tristeza. Así que, la situación nos llevó a seguir los pasos de nuestro viejo en la arrocera. Este trabajo solo dio beneficio a nuestras necesidades básicas por algún tiempo; por tanto, decidimos dedicarnos a cortar madera para cercar los predios de los finqueros conocidos. Esto nos permitía ganar un poco más de dinero en tiempos de escasez, cuando un serrucho y el lazo, olvidado por nuestro papá, eran nuestras únicas herramientas de trabajo.

Mientras aserrábamos [26] con mi hermano cerca de un flor amarillo, notamos la primera tormenta que anunciaba el fin del caluroso verano. En la lejanía se veían las nubes oscuras inundando la llanura y dirigiéndose hacia nosotros. No tardo nada en llegar el chubasco [27], así que decidimos refugiarnos en el rancho abandonado donde estábamos cercando. Allí pasamos un par de horas antes de que la lluvia cesara. Serían las seis y media de la tarde, cuando la nube se dispersó. Sin embargo, el cielo oscureció más pronto de lo habitual y la noche era más oscura que las noches anteriores, lo cual nos obligó a guindar [28] nuestros chinchorros. Pensaba: *Al fin y al cabo, es una noche ¿qué podría suceder?* Mientras tanto, Jahir se quejaba, detestaba encocinarse [29] en un chinchorro, decía que le molestaba la espalda y le dolían las costillas. Prefería dormir mil veces en el suelo o en el cielo raso del rancho, el cual se soportaba aún por un par de vigas y columnas, así que suponía ser una buena opción para que él descansara aquella noche.

Como siempre, Jahir, me comentaba una y otra vez lo mismo:

-Una mujer...cuánto desearía una mujer, pollona [30], que me quisiera pa' yo también quererla-, decía

[23] Malestar producido por una exposición excesiva a los rayos solares.

[24] Planta medicinal.

[25] Veneno para ratones.

[26] Cortar con una sierra.

[27] Aguacero repentino acompañado de vientos fuertes.

[28] Colgar.

[29] Acostarse.

[30] Señorita o india jovencita.

Yo simplemente lo escuchaba mientras ajustaba mi chinchorro a dos pumarrosos [31], cerca del rancho. Ya era tarde y estaba agotado. Solo quería descansar. Decidí acostarme sin despojarme de mis chiros [32] y dejé mi sombrero reposando sobre mi pecho mientras pasaba el tiempo atando y desatando el lazo entre mis manos. Era la única forma de entretenerme en tremenda lejanía mientras lograba conciliar el sueño.

Ya eran las diez y cuarto de la noche. Sentía el grillar incesante y el canto de las chicharras [33] dentro de mis oídos. Algunas luciérnagas iluminaban un nido cucarachero, prensado en el pumarroso donde colgaba el chinchorro vacío de Jahir. Pasaría una media hora desde que los zancudos empezaron a picarme las piernas entre las cabuyas del chinchorro, así que corrí barajustado [34] a guindar el mosquitero. Pensaba en mi hermano y cómo podía dormir tan tranquilo. Sabía que ya lo hacía porque de lo contrario estaría hablando sin parar de sus amores platónicos.

Logré conciliar el sueño por un momento, pero llegada la medianoche, una luz ajena a la luna llena se asomó al rancho. Decidí acercarme sigilosamente pa' averiguar lo que era. Inmediatamente la vi, una petriva [35], de negra cabellera, se acercaba en silencio y subía la escalera deteriorada hacia donde estaba mi hermano. Estuve a punto de gritar, pero de mi garganta no salió ni un sollozo; me sentí completamente inmóvil. La silueta femenina estaba ahí, estancada frente a mí hermano; no podía creerlo. Cerré los ojos pa' intentar despertar de aquello que parecía una pesadilla... uno... dos... tres... pero un espeluznante grito dado por mi hermano me obligó a abrir los ojos de repente.



Poco a poco conseguí valentía pa' levantarme, cuando bruscamente estalló un crujido que iluminó el cielo raso y se apagó al instante. Rápidamente, me acerqué al rancho y traté de subir en silencio la escalera maltrecha. De repente, empecé a sentir un líquido denso que caía sobre mis hombros y mi frente. Con la poca luz de la luna, logré ver lo más devastador: era sangre... la sangre de Jahir. No tuve el coraje de llegar hasta donde él estaba, así que bajé casi corriendo la escalera con temor a tropezar; solo quería escapar de ese lugar.

[31] Árbol con frutos similares a la manzana.

[32] Ropa.

[33] Insecto, cigarra.

[34] Rápido.

[35] Mujer, en lengua guahiba.

Corrí un buen trecho, alejándome del rancho con la zozobra de lo sucedido, con el corazón en la mano al saber que mi hermano se desangraba, y la desdicha de no haberlo podido ayudar. Observé hacia a mi alrededor para asegurarme de que nadie me había seguido y, repentinamente, escuché un grito:

-¡Agradece a ese lazo que llevas arrastrando tras de ti, porque sin él, tú también hubieses sido mi víctima! A causa de él es que no he podido acercarme- dijo la mujer que ahora estaba envuelta en llamas; era una gran bola de fuego que parecía a punto de explotar en medio de las palmas y árboles cercanos.

Esa mujer maldita se refería al lazo heredado por nuestro viejo, el mismo que Jahir y yo solíamos usar pa' medir distancias entre árboles al cercar. Entonces, por fin entendí el insistente consejo de mi papá, quien decía que pa' evitar la malicia de la llanura era necesario cargar un lazo amarrado a la montura del caballo, con el fin de que nada malo le pasara durante el viaje. Yo terminé recibiendo el consejo, pero mi difunto hermano simplemente pensaba que era una historia heredada de mis abuelos pa' asustarnos o entretenernos en esas oscuras noches sin luna ni estrellas.

Ahora, recuerdo las palabras de mi abuelo relatando. En ese entonces, éramos demasiado pequeños para entender:

-La bola de fuego refleja la maldad materializada que expulsa la selva. Se le aparece a hombres infortunados que, a altas horas de la noche, transitan la llanura y, cuando nota la presencia de alguno de ellos, se transforma en una mujer hermosa que los cautiva, los atrae selva adentro y luego los devora abrasándolos con su llamarada. Sin embargo, también puede aparecer durante el amanecer o al caer la tarde confundiendo con los rayos del sol. Así, el jinete percibe la forma rojiza del sol acercándose rápidamente hacia su caballo y, aunque en realidad está muy lejos, esta ilusión hace que el llanero se sienta mareado y gaste sus balas en vano, pensando que se enfrenta a un ser mortal que puede ser afectado por unos cuantos disparos; pero, al terminarse los tiros, esta bola de fuego se acerca cada vez más al desamparado jinete, quien no comprende qué es lo que sucede, hasta que es demasiado tarde.

Por eso, nietos, es necesario cargar siempre un lazo con el cual se recorra la tierra y se demarque una distancia, así este maleficio no podrá acercarse más de lo que marque el lazo.

Sin tan solo, mi hermano hubiese recordado las sabias palabras de nuestro abuelo, y los consejos persistentes de mi padre...

¿Y yo?, yo simplemente tuve suerte aquella noche de luna llena.



Agradecimientos al pueblo de Maya y sus habitantes por habernos compartido algo de su historia y tradiciones.